

Los Rastros de la Historia

La Escuela Normal de Tunja en el Bicentenario de Colombia*

Héctor F. Rucinque

Promoción de 1949

Señoras, señores, compañeros normalistas:

Es un privilegio estar de regreso a nuestra Escuela Normal de Tunja, y un honor señalado llevar la voz de la Asociación de Ex Alumnos en este primer gran Congreso Normalista, convocado dentro del contexto de las celebraciones académicas del Bicentenario de Colombia. La circunstancia de que la iniciativa de realizarlo y el trabajo íntegro de su organización provengan de personas totalmente alejadas de la autoridad administrativa y docente de la Normal y de los entes gubernamentales locales y nacionales de los que ésta depende, hacen más genuina, espontánea y sincera la naturaleza del evento. No hemos venido a esta cita de egresados por intereses personales de ninguna clase, aparte de lo que en nuestro contingente individual, variablemente dotado, podamos contribuir al colectivo manifiesto de nuestra Asociación por ratificar solidaridad con el alma máter. Sucinta y claramente la convocatoria que se hizo para esta reunión lo declara así:

El propósito es destacar, con el recuento de la gestión centenaria de la Normal, la valiosa contribución que nuestra institución ha rendido en el proceso de construir nación iniciado por nuestros próceres dos siglos atrás.

La ocasión, pues, no puede ser más propicia para abordar, a título recordatorio y un tanto general, el tema de la educación, por la obvia

relación que tiene con la Escuela Normal y con la Facultad de Educación de la UPTC, y de hacerlo con perspectiva histórica.

La educación es un tipo de acción social muy importante, que trasciende en su significado más profundo a la obviedad. Algo a la vez tan importante como consuetudinario, parecido a un fenómeno natural, tan naturalmente vigente como el que preocupa a uno de nuestros colegas de la Asociación de ex Alumnos, el agua. Que ahora se ha tornado trascendente, incluso para el más desprevenido de los usuarios, cuando vemos peligrar su disponibilidad como fenómeno vital para la supervivencia biológica. Lo mismo puede decirse de la educación, proceso íntimamente asociado con el devenir humano, con la historia. Pero que se suele tomar a la ligera, como proceso inmanente, pero no pocas veces marginal a las preocupaciones de quienes lideran las sociedades. A primera impresión se podría pensar la educación como un “universal” más de naturaleza esencialmente positiva, asociado con la idea de procesos orientados hacia el mejoramiento individual o social. No obstante, como proceso manipulado por personas es susceptible, bien se sabe, de ser retorcido en sus mecanismos agenciados, en los métodos utilizados y en los propósitos hacia los cuales se aplica. Cuántas veces ciertos sectores de la sociedad, arguyendo servir intereses superiores, incluso a favor de la humanidad entera, no han utilizado este instrumento formativo para esclavizar conciencias y satisfacer designios esencialmente egoístas de clase o grupo. Se diría que tal desmedro social solo puede prosperar en comunidades poco desarrolladas institucionalmente. Falsa impresión! Suficiente con ver la manera como se utilizaron escuelas, colegios y universidades para promover y consolidar regímenes totalitarios, por ejemplo, en lo que se hacía ver como el paraíso soviético, o, en el lado opuesto de basamentos ideológicos igualmente engañosos, en la Alemania nazi. Pero, en fin, la educación debería ser bondadoso instrumento, así como una herramienta de piedra o hierro se hizo primariamente para cortar una rama o labrar un camino, o trabajos de ese estilo,

aunque a veces en las manos equivocadas pueda convertirse en arma mortífera.

En el siglo XVIII el botánico sueco Carolus Linnaeus clasificó a nuestra especie como *sapiens*, sabia – dejando abierta, cosa curiosa, la posibilidad de clasificar otras similares en el género *Homo*, extintas o futuras. *Homo sapiens* es una sintética manera de definir un ser excepcional dotado de inteligencia superior y de capacidad de conciencia. Pero más allá de estas diferencias específicas, lo que muestra al hombre en toda su dimensión de superioridad pasada, actual y potencial, es el uso que da a tales facultades genéticas: aprender de sus progenitores y congéneres, crear cosas nuevas, y enseñarlas a otros. En suma, hacer cultura. La cultura es la mejor forma de adaptación de un organismo en su relación con el entorno, y de su perfeccionamiento gradual depende el mayor o menor éxito que logre para cumplir su ciclo existencial. Gordon Childe (1936, 1951) nos hizo percatar que el hombre se hace a sí mismo, lo cual es una evidencia incuestionable en términos de la acrecencia cultural, que incluye no solo la cultura material sino todos esos atributos morales aprendidos, las costumbres, la manera de percibir el mundo y el universo, los valores estéticos y éticos, las instituciones, y por encima de todo la ciencia y la tecnología. No está muy claro de qué manera y en qué grado todo este bagaje cultural in crescendo desde unos 150 o 200 mil años para acá haya podido contribuir con la naturaleza a cambiar al hombre en términos puramente genéticos. Pero sí lo ha llevado hasta alcanzar la capacidad de hacerlo por sí mismo, ahora. No más basta leer sobre lo que comanda un naciente movimiento científico-filosófico-tecnológico más allá de la vanguardia posmodernista y de entretenidas versiones de ciencia ficción – el *poshumanismo* (cf., por ejemplo, Bostrom 2005). Gústenos o no, como cuando la ingeniería genética comenzó a liderar la “revolución verde”, la perspectiva es que el hombre hará realidad esa posibilidad de abreviar el curso milenario de los cambios evolutivos, para transformarse genéticamente por su cuenta y riesgo. Genetistas del futuro más corto que lejano quizás estarán

llamándose a sí mismos *Homo pos-sapiens*, o cuál se yo apelativo especial que se les ocurra para distinguirse de estos modestos organismos racionales en transición de principios del siglo XXI...

La educación es la manera más o menos efectiva de avanzar la adaptación cultural, aunque también se la puede manejar en sentido inverso, como involución cultural. Ese desarrollo tanto a escala individual como social, lo saben muy bien ustedes, es una función de oportunidades. Si usted nace en un hogar pobre, probablemente las oportunidades de que sea educado bien, es decir, de prepararse mejor para enfrentar un futuro incierto, serían mucho menores que si hubiera llegado a este mundo saturado de las oportunidades potenciales que proporciona la riqueza. Habrá excepciones, en ambos sentidos, pero esos son residuos estadísticos que normalmente solo juegan como eso: excepcionalidades que ayudan a explicar grados de una relación generalizada. Pero el caso es que en las sociedades humanas lo que cuentan son los efectos sumatorios de esas oportunidades de perfeccionamiento del mayor número posible de sus miembros, mediante procesos colectivos, sociales, que pueden llamarse desarrollo, transformación, evolución, cambio, lo que mejor suene. Esas oportunidades se dispensan de variada forma y en diferentes proporciones a los asociados, por su propio aparato organizativo institucionalizado, que hace parte esencial, por supuesto, de la forma de vida de una sociedad, es decir, de su cultura. Lo mismo, si usted nace dentro de una sociedad afluente, rica, en el sentido de disponer de un sistema de oportunidades abiertas a todo el mundo y con los medios que día a día son mejorados por los propios asociados, su potencial de perfeccionamiento individual será sin duda altamente positivo, mayor al que, comparativamente, tendría si la mala suerte lo hubiere ubicado en un contexto cultural troglodita.

Se me ha ocurrido exponer hoy aquí estas reflexiones simplemente para tratar de invitarlos a repensar un poco la historia de la educación en Colombia. Tenemos un poco más de cinco siglos de

historia tras del colombiano de principios del siglo XXI, tres de ellos aplicados a un proceso de trasplante cultural forzado, con motivaciones mesiánicas que solo trataban de disimular la expropiación de recursos y explotación colonial de personas, incluidas aquellas con sangre sin mezcla, los españoles criollos cobijados por la desafortunada circunstancia de haber nacido en lares americanos. Y, luego de los episodios puntuales de rebeldía que festejamos estos días, el registro histórico nos demarca los restantes dos siglos como época republicana, independiente.

La educación colonial española es un fenómeno bien documentado por los historiadores analíticos, nuestros y foráneos. La educación colonial fue, en esencia, un instrumento de obliteración cultural y de dominación. Un proceso destinado a lograr la literal domesticación de toda una sociedad y uno de los medios para mantenerla aherrojada. ¡Y vaya que fueron efectivos los agentes institucionales de la Corona y sus asociados en el cumplimiento de tal cometido! En pocas décadas los grupos indígenas sobrevivientes vieron eliminadas sus tradiciones, sus sistemas de valores y creencias, y de sus idiomas no quedaron otra cosa que vocablos aislados, que hoy milagrosamente se escuchan de cuando en vez con connotaciones peyorativas y burlonas, en el entorno cultural heredado por gente que se siente orgullosa de haber sido bendecida con el regalo del idioma castellano y otros rasgos coloniales, que le fueron impuestos a sus antecesores a fuerza de espada y aterramiento espiritual. No hay duda alguna de que el sistema educativo español fue muy efectivo. Tan efectivo que incluso en la propia España – allá imperaba el modelo medieval que inspiró al impuesto en América – padeció sus efectos seculares hasta hace pocas décadas, cuando todavía se decía que Europa empezaba en los Pirineos.

Cuando los próceres que hoy honramos lograron sacudir el yugo de la administración colonial, de milagro no fracasaron en el proceso de consolidar la independencia, por la oposición muchas veces abiertamente beligerante que tuvieron que enfrentar de las

comunidades que querían liberar. Uno de los autores que contribuyeron en el libro sobre la Normal que esta tarde aportamos a la cultura nacional, el historiador Jaime Gil, ilustra todo ese complejo proceso en que se debatió la Colombia independiente del siglo XIX – y de una buena parte del XX – que no fue otra cosa que la confrontación entre quienes querían construir una nación propia, genuinamente independiente y libre, y quienes se sentían más cómodos en la cúspide de la pirámide social como herederos de la cultura colonial, mucho de lo cual querían preservar para su propia conveniencia grupal (Gil 2010). Esencialmente las controversias ideológicas y guerras internas de ese período, del cual aún quedan relictos tan apasionados como generalmente repudiados, fueron libradas por el tipo de educación pública a respaldar y por lo que con ésta se pudiere transformar o conservar en el aparato social del país. Unos querían un proceso educativo moderno, los otros abogaban por la perpetuación de un sistema formativo confesional y restrictivo.

¿Estamos hoy, doscientos años después, liberados de tan poderoso lastre histórico? Ustedes se lo pueden responder por sí mismos. A veces pienso que por fortuna para la suerte de la nación colombiana las influencias externas han ayudado notablemente a cambiar las cosas. La historia global se aceleró desde la segunda posguerra. Tal vez los cambios del mundo atropellaron la baja capacidad de nuestros gobernantes para liderar aquí mismo con educación lo que otros han sabido aprovechar, para bien de sus entornos sociales. Las nuevas generaciones están despreocupadas de obsoletas contiendas entre quienes perciben una misma religión con prismas culturales diferentes, los unos acogiéndola como instrumento del orden espiritual personal, los demás como institución asociada de una clase dominante no solo para controlar la vida espiritual de las personas sino para usufructuar el poder temporal o dirigirlo. Sin duda alguna, la derecha ha perdido seguidores de manera consistente, y las corrientes liberales clásicas han cedido el paso a los movimientos centristas, para hacer causa común contra las izquierdas. O quizás hemos pasado al otro extremo, cuando al considerar el papel del

Estado en materia educativa la generalidad de las críticas lo asimilan en los tiempos recientes al de un utilizador oportunista de este instrumento formativo para perpetuar un régimen bipartidista de derechas opresoras. Pero estos controles, otrora férreos e indisputables, han aflojado. Para no recibir críticas actualizadas, se ha dejado la educación al garete, sin liderazgo estatal. O es que, en definitiva, somos propensos al confesionalismo, porque Colombia ha empezado a aguantarse uno nuevo, igualmente dogmático y excluyente como el que heredamos en el siglo XIX de la escolástica católica colonial. Solo que el que ahora se configura tiende a seguir una metodología similar a la que otrora se esgrimió para hacer más efectiva la educación fascista. ¿Recuerdan cómo se tomaron los colegios y universidades las bandas juveniles nazis? Crecientemente toleramos aquí que las universidades públicas sucumban a la moda de un marxismo tardío y anacrónico. Aunque a diario se pregona que la inmensa mayoría de los estudiantes universitarios y muchos de sus profesores no caminan por ese lado, se tolera que las universidades públicas, con la Nacional a la cabeza, sean reductos inexpugnables de encapuchados que sin ambages promueven las acciones y métodos de la guerrilla, entre otras hazañas, que los estudiantes atemorizados son incapaces de enfrentar. ¿Cómo hacerlo, inermes, ante chusmas envalentonadas, si el propio Estado mira para otro lado? Una de las universidades públicas, que por nombre y programas se supone debe ser una de las abanderadas de la formación pedagógica en el país, se ha convertido en un foco de perturbación y violencia cotidiana impune, que de paso está haciendo quebrar los negocios de lo que fue uno de los más prósperos sectores del norte de Bogotá. Al terminar ocho años de privilegiada función burocrática, la última Ministra de Educación alardeaba hace pocos días que la policía podía entrar en cualquier momento a los recintos de las universidades públicas o privadas a ejercer su autoridad. ¿El motivo? El asesinato de un decano en una universidad privada caleña, en hechos evidentemente no relacionados con el accionar marxistoide inspirado por la guerrilla, que en los centros privados no funciona. Pero en ocho años no se le

escuchó decir mayor cosa ni actuar ante las asonadas semanales de la Nacional, la Pedagógica o la Distrital de Bogotá. Lo que sí ocurrió fue que para controlar la penetración de los confesionalismos marxistas en la educación primaria y secundaria (¿a dónde más irían los maestros graduados en la Avenida de Chile?), el gobierno tomó las riendas del problema, en los conciliábulos seguros del CAN o del ICFES, para tratar de acabar con la educación pública. Fácil, desprofesionalicemos el ejercicio del magisterio y terminemos mientras tanto con el régimen de tenencia... para los “nuevos” maestros. En otras palabras, dejemos el problema principal allá donde está, y ataquemos por el lado más fácil. La educación privada es la salida. Entreguemos los colegios a administradores privados, delegándoles nuestra función con pago por alumno matriculado, y listo. Luego se podrá hacer lo mismo con las universidades. Entonces, en recintos privados no habrá paros, pedreas, ni bombas molotov, sino un rentable negocio particular. Mientras tanto, la calidad de la educación colombiana, especialmente en el sector público, hoy altamente cuestionada cuando se la evalúa comparativamente en el contexto internacional contemporáneo, continuaría hacia la baja.

Grave panorama. Y más grave cuando, a tiempo que no se hace mayor cosa por transformar el sistema, para hacerlo realmente competitivo en términos de los tiempos que corren, el Estado, representado en sucesivos gobiernos incompetentes en esta materia, ha atiborrado la legislación educativa con trabas intervencionistas que le ponen todos los frenos imaginables a la iniciativa de los directos administradores de los planteles educativos y de sus profesores. En tales circunstancias, ¿sería hoy posible hacer algo en Tunja similar a lo que acometieron por su propia cuenta Rafael Bernal Jiménez y Julius Sieber en 1926? Dudoso, por no decir imposible. Lástima que visionarios como aquel educador boyacense no lleguen a dirigir el Ministerio. Probablemente los gobiernos centrales seguirán con la miope visión de considerar como de segunda clase a ministerios como los de Cultura y Educación;

quizás, parodiando a Churchill, sigan opinando que la educación es una cosa demasiado importante para dejársela dirigir a los educadores. Y así se explique por qué mejor escoger a una experta en administración de comercios e industrias para dirigir al primero de aquéllos (¿otros ocho años de nada?), cuando apenas nos reponemos de la celebración bicentenaria con zafarranchos de rock y currulao, a cargo del segundo ministerio en la administración que termina. ¡Cuán importante sería una gira del nuevo Presidente colombiano por Singapur, Malasia, Taiwán y Corea, para que constate la milagrosa transformación de esos países en tiempo *record*, y para que averigüe qué papel jugó en ese proceso un sistema educativo efectivamente profesionalizado, moderno y prioritariamente financiado!

En el libro conmemorativo de 138 años de existencia de la Normal hacemos algunas consideraciones en torno al futuro de nuestra alma máter (Rucinque 2010). Sabemos que está bien dirigida y servida por competentes educadores. Lo mismo pensamos de la Facultad de Educación de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Los dos institutos, bien se sabe, están, deben estarlo, indisolublemente ligados por sus historias particulares. Creemos muy esperanzadamente que, si las trabas diseñadas en Bogotá no lo impiden, la Normal y la Facultad de Educación podrían intentar una transformación de la educación colombiana, otra vez, emulando con lo que Sieber y Bernal Jiménez iniciaron en los años 30 del siglo pasado. Lo bueno que se puede acreditar a Colombia en materia educativa, o sea el conjunto de transformaciones, de modernización del proceso educativo directo – lo que hacen maestros de escuela y profesores de bachillerato y universidad en las aulas, todo eso que ensayamos, pensamos, repensamos y mejoramos día a día – se lo debe la nación a Tunja. Ya somos contadas las personas sobrevivientes entre las que recibimos el directo beneficio del modo de pensar y actuar pedagógico de aquellos dos grandes maestros. Pero sí son miles, millones, quienes indirectamente se beneficiaron de la revolución educativa que ellos iniciaron. Lástima que el

empeño rayano en fanatismo de aquéllos, por hacer de la educación un proceso de calidad óptima y exigente, no se haya perpetuado como credo institucionalizado, no solo en los niveles en los que ellos trabajaron sino más arriba, en el propio estadio de la educación posgraduada.

Se necesita, Colombia lo requiere, un nuevo “*round*” de adecuación de la educación como instrumento de desarrollo. Por supuesto, somos conscientes de que otra revolución como la *sieberiana* de los años 30 y 40, para poner a Colombia a tono con los poderosos retos del mundo globalizado, no será cosa fácil. Pero en alguna parte eso tendrá que comenzar. Ojalá que fuera en Tunja, nuevamente. Tenemos un bonito y potencialmente rico país y nos merecemos la oportunidad de que algún día el mundo pueda hablar del “milagro colombiano”. Ya han sido suficientes las vergüenzas que por otros desempeños negativos de minúsculas comunidades criminales hemos debido soportar quienes no lo somos. Pero esos milagros solo se pueden lograr con liderazgo responsable y capaz, duro trabajo y otras contribuciones sociales de coherente diseño y efectiva ejecución, aderezadas con un ingrediente clave: educación de la buena.

Referencias

- Bostrom, Nick. 2005. A history of transhumanist thought. Online, acceso enero de 2010: <http://www.nickbostrom.com/papers/history.pdf>
- Childe, V. Gordon. 1951. *Man makes himself*. New York, The New American Library Mentor Books [Originalmente publicado en Inglaterra en 1936].
- Gil Sandoval, Jaime. 2010. La Escuela Normal Nacional de Varones de Boyacá: del Radicalismo a la Regeneración. En: *La Escuela Normal de Tunja: El esfuerzo educativo para construir nación*, ed. Héctor F. Rucinke (Bogotá, Asenot Ediciones): 37-80.
- Rucinke, H. F. 2010. Introducción: La Normal de Tunja en perspectiva cuasi sesquicentenario. En: *La Escuela Normal de Tunja: El esfuerzo*

educativo para construir nación, ed. H. F. Rucinke (Bogotá, Asenot Ediciones): 9-18.

* Palabras leídas durante el *Banquete Normalista*, Club Boyacá de Tunja, con ocasión del **Congreso Normalista del Bicentenario de Colombia**, julio 30-31 de 2010.

Regreso a: <http://www.normalistas.org>
Correo del autor: hfrucin@gmail.com